

# IN MEMORIAM VI

# Broselianda

Por Nara Mansur Cao

La muerte de Broselianda es un poco la nuestra. Cualquiera de nosotros pudo estar ahí, ser ese final. Es la gran actriz que construyó experiencias indescifrables, de las que nos sentimos atravesados; nos deja todavía atónitos, ensayando palabras, asociaciones para describir su materialidad artística.

**Broselianda Hernández Boudet (1964-2020)** es una presencia inagotable en el teatro, el arte de la actuación en Cuba. Hija de la escritora y crítica teatral Rosa Ileana Boudet y del actor Rolén Hernández, ella encarna el mito que se admira y del que se celebra tanto la humanidad y el artificio con el que nunca dejó de exponerse, de dialogar, de trabajar.

Muchos de nosotros somos parte de una misma generación que la vio emerger desde su graduación en *Cuentos del Decamerón*, dirigida por Roberto Blanco en 1987, y después, en un recorrido altísimo, prestigioso, una carrera muy cuidada, que incluye protagónicos y/o personajes cumbres de obras como *Hamlet*, *Rey Lear*, *Calígula*, *El Público*, *Bacantes*, *Fedra*, *La noche de los asesinos*, *Lila la mariposa*, por citar algunas.

Egresada del Instituto Superior de Arte con Título de Oro, ella contaba que muchas veces la asociaban a la actriz teórica, estudiosa, una de sus cualidades más importantes. Brose era esa actriz total por su plasticidad, su fotogenia, ductilidad, por su voz de contralto en ese espectro del ánimo de la artista que asociamos a lo intuitivo, a la espontaneidad, al ser superdotado, del que ella misma desconfiaba y al que agregaba entonces lecturas, análisis, bibliografía de todo tipo, observación, contraste...; es decir, estudio inagotable. Brose hablaba de Renee Falconetti, de Antonio Gramsci, de Marguerite Duras, de Anna Magnani, de Sandrine Bonnaire, de Humberto Solás, de Raquel Revuelta con devoción, como también lo hacía de sus colegas, de sus contemporáneos. Era absolutamente respetuosa y compañera, muy generosa en la observación afinadísima para comentar, para subrayar y dialogar con trabajos actorales y de dirección, pero también textos, críticas. Todo le interesaba, su voracidad era también esa parte paradójica de su preciosa existencia, tan lúcida, tan aguda, tan enamorada del amor siempre, tan expuesta. Se conocía como nadie, vivía en un ejercicio constante de análisis de su persona, del mundo, de su trabajo, del futuro. Vivía en estallidos, en silencios, en agobios, en fiestas, y también en esa suma de autodestrucciones que tanto conocemos algunos.

Este año de la pandemia se ha hablado de la migración del mundo de la presencia a la virtualidad. Ella es una de esas migrantes que carga a Cuba, la memoria de su generación, el apego a la vida institucional —la cultura, la salud, el gremio, el trabajo— y el desalojo casi por su propia mano de ese emprendedurismo con el que algunos piensan que los artistas deben lidiar como llave segura del éxito y la fortaleza.

Broselianda es la actriz de grandes personajes como Ofelia, Julieta, Ágave, Leonor Pérez, Charlotte Corday, con los que siempre creaba, innovaba, en esa búsqueda de lo personal y lo público, de lo heredado y de lo que el contexto en ese preciso momento añade con fiereza. Investigadora de modelos diversos de actuación, todo le interesaba en el sentido no del aplauso y la imitación al modelo de prestigio, sino como rebeldía, autonomía: fue tan única como no etiquetable.

Había que estar en el Teatro Trianón para ver, para sentir lo que ella construía con su personaje Escipión, por ejemplo, ese ser andrógino de consecutividades eróticas, que resultaba una máquina multiplicadora de sensibilidad y belleza. Así mismo, Brose es la fuerza demencial y también la inocencia de la adolescente. Es ese tipo de artistas que concitan las fuerzas de la naturaleza y de la vida artificial a un mismo tiempo; depositaria de poderes efímeros de otro orden, que muchas veces no podemos nombrar, que desconocemos, porque también ella es la común de las frágiles, esas que pensamos que por conocerse tanto están a salvo.

Es la artista en su vida dándole sentido a los estallidos, los silencios y agujeros, dándole sentido a la voluntad de actuar y al hastío, a la felicidad de cocinar y compartir un plato de frijoles, un flan, la vida familiar o un *popurrif* de canciones populares en una fiesta. Siempre repetía que la actuación es el arte de la espera.

Cuánto nos queda pendiente por estudiar y dar testimonio de la vida en el arte de las actrices y actores, ese estado inconstante en el que luchan, se adaptan, se transforman, revolucionan, pactan, sienten miedo, se vuelven a atrever, salen a escena finalmente.



Foto: Ingeborg

La tragedia, finalmente, algo que sabemos destinado a la catástrofe en los términos de la educación sentimental de nuestra generación, se ha llevado a escena y se la ha llevado a ella.

Amaba los procesos, los ensayos, proponer, equivocarse, lanzarse, jugar, probar. Sus gestos en escena eran precisos, limpios, definidos, es el tipo de actriz del que uno percibe el ideograma de la partitura corporal. Y su voz era de otro mundo, bramido de la naturaleza, cántico de su decisión y gusto como artista, entrega total, juego total.

Amaba menos los resultados y, como toda actriz inteligente, se aburría un poco de ese récord de funciones que a la publicidad tanto le divierte. Por cierto, ella era esa mujer divertida, delirante, payasa, antiheroína, desfachatada, que acompañaba una trayectoria que estructuró y cuidó hasta el último momento, aunque también habló de que siempre había intentado sin lograrlo “un camino más personal”.

Ella lo revolucionó a su manera, con sus propias herramientas, cuando el deseo se le convertía en necesidad. Esa voracidad por conocer, por probar, por estar y no estar, por arriesgarse, por destruir para poder decir eran —entiendo— ideales, formas de estar en el arte y la vida para ella, que sabía de elogios fáciles y de toda la galería de lugares comunes con los que debe luchar un artista sin descanso. En los últimos meses releía *Orlando*, proyecto de Teatro El Público, en el que ambas coincidíamos: actuación y dramaturgia respectivamente, del Capítulo 6. Hablamos de piedras y perlas, del destino escurridizo de lo femenino, de lo difícil que es siempre lo literario y poético en escena, de la fuerza necesaria que tenemos que tener las mujeres en el teatro para no ser arrasadas, transfiguradas en modos y visiones que históricamente han impuesto los hombres. Dejó el manuscrito marcado, anotado, en plena faena.

El deseo de tomar la palabra, ejercerla, resucitarla —unas palabras que no han sido pronunciadas, no se han inventado— es también la vigilia con la que la acompañamos y la celebramos cada día de nuestras vidas.

Algunos hitos de su vida artística: Alumna de Vicente Revuelta, Isabel Moreno y Miriam Lezcano. En teatro actuó en *Donde crezca el amor*, musical dirigido por Armando Suárez del Villar (1984); en los grupos Buscón, bajo la dirección de José Antonio Rodríguez en *Cómicos para Hamlet* (1987), *Los asombrosos Benedetti* (1988), *Cuentos latinoamericanos* y *Buscón busca un Otelio* (1989); con Teatro El Público dirigido por Carlos Díaz en *El Público* (1995), *Calígula* (1996), *Rey Lear* (1997), *Fedra* (2007); con Buendía, en *Lila la mariposa* (1989) y *Bacantes* (2001); como parte de la muestra colectiva *Estrictamente personal: Charlotte y yo*, a partir de *Charlotte Corday. Poema dramático*, de Nara Mansur (Bienal de La Habana, 2015). En el Teatro Gala de Washington D.C. protagonizó *La noche de los asesinos*, montaje de Gabriel García Santalla, *El burlador de Sevilla*, puesta en escena de Hugo Medrano (2000) y *En el tiempo de las mariposas*, bajo la dirección de José Zayas (2018). En cine: *Castillos en el aire*, cortometraje de Rebeca Chávez (1986), *Cosas que dejé en La Habana* (1997) y *Rosa de Francia* (2005), dirigidas por Manuel Gutiérrez Aragón, *Mata que Dios perdona*, dirección de Ismael Perdomo (2004), *Barrio Cuba*, de Humberto Solás (2007), *José Martí: El ojo del canario*, dirección de Fernando Pérez (2010). Televisión: *Buena suerte viviendo* (1985), *Hoy es siempre todavía* (1986) ambos dirigidos por Tony Lechuga, *Cuando el agua regresa a la tierra*, telenovela dirigida por Mirta González Perera, *Las honradas*, telenovela dirigida por Yaqui Ortega (1993), *Doble juego*, serial y película de Rudy Mora (2002).